



ALLISON
LEOTTA

LA LEY DE LA
ATRACCIÓN

Allison Leotta aborda, en este *thriller* judicial lleno de suspense, un tema tan duro y actual como los malos tratos en la pareja.

Anna Curtis, recién nombrada fiscal adjunta en Washington D. C., ya se ha acostumbrado a la brutalidad que encuentra en sus casos de violencia doméstica. Como el de Laprea Johnson, una joven maltratada por su pareja que, tras mentir en el juicio para evitarle la cárcel, aparece asesinada. La fiscalía le asigna el caso a Anna, que se lleva la sorpresa de su vida al descubrir que su novio, el abogado de oficio Nick Wagner, representa al acusado. Dividida entre condenar al asesino y salvar su pareja, toma una serie de decisiones que pondrán en peligro su carrera, su pareja y su vida, según va adentrándose en la espiral de dolor que llevará a la resolución del caso.

Índice de contenido

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

Para Mike, mi cómplice.

1

El café del juzgado era horrible, pero la mañana siguiente a San Valentín no era momento para que una fiscal de casos de violencia doméstica fuera por ahí descafeinada. Anna vertió el negro brebaje en un vaso desechable, dio un sorbo, y esbozó una mueca. Abrasador y amargo; un comienzo muy apropiado para un día dedicado a revisar los crímenes de la noche anterior. Bueno, al menos tendría ayuda. Sacó el móvil y llamó a su compañera.

–Expedientes de Violencia Doméstica –respondió Grace con monótona entonación.

–Hola, estoy en la cafetería. ¿Quieres café?

–Genial. –Grace bajó la voz–. Y tráete un puñado de servilletas. Hay una mujer sangrando sobre tu silla.

Grace llevaba cuatro meses ejerciendo como fiscal, pero Anna era todavía lo suficientemente nueva como para que esa información le impresionara.

–¿Llamamos a una ambulancia?

–Se encuentra bien. Muchos arañazos y cardenales, y una hemorragia nasal bastante escandalosa, pero nada grave. Puedo cubrirte hasta que llegues. ¿Y puedes traerme una magdalena? Me muero de hambre.

–Claro. Ahora mismo voy.

Asombrada ante la tranquilidad de Grace, cogió una magdalena y se puso a la cola para pagar. Delante tenía a tres personas: un tipo alto con un traje oscuro, un hombre que llevaba una sudadera de los Redskins encima de una camisa de cuello azul, y una mujer pechugona con medias

de rejilla y una minifalda elástica. Abogado, supuso del primero. Después un policía escondiendo su uniforme para que los visitantes de los juzgados no le hicieran preguntas. Y una prostituta que acababa de salir de trabajar y había ido a ver a su agente de la condicional. Lo único que a Anna le gustaba de la lúgubre cafetería situada en el sótano de los juzgados era su democracia. A lo mejor el poli terminaba deteniendo a la prostituta esa misma noche, y el abogado acribillaba a preguntas al poli durante un interrogatorio, pero todos tenían que esperar en la misma cola para que les sirvieran su guiso de carne.

Después de pagar, Anna acudió rápidamente hasta el dispensador de servilletas, pero el abogado alto que había tenido delante se llevó las últimas.

Lo miró consternada.

–Las necesito con urgencia –dijo asintiendo hacia las servilletas que tenía en la mano.

El pelo oscuro del hombre y su larguirucha figura tenían algo que le resultaba familiar, pero que desentonaba en ese lugar. Su traje sastre y su maletín de piel color crema eran comunes en el Tribunal Federal, pero lo situaban a varios niveles salariales por encima de la muchedumbre del Tribunal Superior del Distrito de Columbia. Probablemente trabajara para algún bufete grande de Washington, en uno de esos puestos tan bien pagados que ella había rechazado para trabajar para el gobierno.

El hombre la miró y sonrió de pronto.

–¡Anna Curtis! ¡Pero cuánto tiempo!

–Hola, eh... –Sacudió la cabeza.

–Nick Wagner. Facultad de Derecho de Harvard. Llevaba una barba ridícula y el pelo hasta aquí –dijo tocándose el hombro y sonrojándose ligeramente–. Tu equipo ganó al mío en la ronda final de la Ames Moot Court. La verdad es que nos distéis una buena paliza.

–¡Nick! Tocabas la guitarra en el Hark en la *happy hour* de los viernes.

–Eso es. –Esbozó una sonrisa más amplia–. Parece que tú me causaste más impresión que yo a ti.

–Lo siento, es que tengo prisa y necesito esas servilletas.

Nick se las puso en la mano con afectado ademán.

–¿Alguna emergencia? ¿Se te ha volcado la comida?

–Gracias. Hemorragia nasal. Víctima de malos tratos en la sala de Expedientes. Así que... me tengo que ir. –Eché a andar para salir de la cafetería y miró atrás con pesar–. Siento no poder quedarme a charlar ahora.

Nick la alcanzó y recorrió con ella ese laberinto que era el sótano del tribunal.

–¿Así que eres fiscal y te ha tocado registrar casos el día después de San Valentín? ¿Pero qué has hecho? ¿Atropellar al perro del fiscal federal?

Ella tuvo que reírse. El papeleo era la labor más odiada en la Oficina del Fiscal Federal, una que solo estaban obligados a realizar los fiscales más novatos. Anna iba a convertir los arrestos de las últimas veinticuatro horas en expedientes de casos criminales: introducir información en el ordenador, taladrar las hojas de los informes policiales, condensar una cantidad enorme de violencia en finas carpetas de papel manila. La monotonía se rompía solo cuando llegaba una víctima para relatar en persona su triste historia. Y se sabía que el día de San Valentín era el peor para los casos de violencia doméstica. La gente se la pegaba a su pareja o le prestaba demasiada atención a la madre de su bebé y no la suficiente a su esposa, o directamente se olvidaba de enviar una tarjeta de felicitación. Era sorprendente la frecuencia con que una riña de enamorados se convertía en un viajecito al calabozo.

–Empecé en enero –le explicó Anna–, así que aún estoy en periodo de novatadas.

–Pues deberíamos quedar algún día.

–Claro –le respondió al doblar una esquina. Una multitud de agentes de policía hacían cola en el pasillo, fuera

de la sala de Expedientes. Nunca había visto tantos uniformes azules en un mismo lugar. Iba a ser un día largo.

—¿Qué te parece si cenamos esta noche? —le preguntó Nick.

—No sé. —Anna lo miró de soslayo sin aminorar el paso. Aunque inoportuna, era una oferta tentadora. Había estado echando de menos su casa y sintiéndose desconectada en su nueva ciudad, así que estaría bien hablar con un conocido de la facultad. Se detuvo en la puerta de la sala y le dio su tarjeta de visita.

—Llámame. A ver qué tal van las cosas más tarde.

—Te llamaré.

Él le sonrió; fue una sonrisa cálida y radiante. Y muy a su pesar, Anna se sintió atraída. A lo mejor, después de todo, el día después de San Valentín no iba a resultar tan malo.

Sin embargo, ese pensamiento se desvaneció en cuanto entró en la sala.

Una mujer diminuta estaba sentada junto a uno de los dos destartalados escritorios y flanqueada por Grace y por un policía uniformado. La sangre le había manchado la camisa blanca que llevaba y había salpicado el suelo gris de sintasol. Unas cuantas gotas rojas oscuras moteaban la parte baja de la pared de ladrillo pintada en verde menta. Su precioso rostro tostado estaba desfigurado por dos ojos morados y tan hinchados que apenas los podía abrir. Unos cortes rojos le cubrían la mejilla izquierda cruzándose entre sí. Se sujetaba una hoja de papel manchada de sangre contra la nariz y se mecía de adelante atrás entre suaves sollozos.

Aunque últimamente Anna había leído muchos informes policiales que describían lesiones horripilantes, no había visto a una mujer así de magullada desde que era pequeña. Una ráfaga de recuerdos, de culpabilidad y de rabia la sumió en una parálisis momentánea. Pero ese día le tocaba atender casos, así que esa víctima era su respon-

sabilidad. Apretando los dientes, se acercó a la mujer y le ofreció un par de servilletas.

–Tome –le dijo con delicadeza–. Pruebe con esto.

La mujer las cambió por el papel que tenía en la nariz.

–Me llamo Anna Curtis. Soy fiscal federal adjunta y llevaré su caso.

–Laprea Johnson –dijo la mujer con una voz tan suave que resultó apenas audible.

De pronto Laprea emitió un grito ahogado y el dolor de su rostro se transformó en una fruncida máscara de rabia. En un principio, Anna se preguntó qué podía haber dicho para enfurecer así a la mujer.

Pero estaba mirando detrás de Anna... hacia Nick, que estaba como paralizado en la puerta. Se había quedado pálido. La mujer le soltó con brusquedad:

–¿Qué cojones está haciendo usted aquí?

2

Laprea Johnson no se podía creer quién estaba en la puerta. ¿Había ido hasta el centro de la ciudad para encontrársela? ¿Se trataba de alguna broma macabra?

–Laprea... oh, no –dijo Nick afectado y entrando en la oficina–. ¿Ha sido...?

–¿D’marco? –Laprea se levantó y dio un paso hacia Nick–. Sabe que sí.

–Joder, Laprea, cuánto lo siento.

–¡Ya puede sentirlo!

Se puso de puntillas, tan cerca de Nick que casi le rozaba la barbilla con la nariz. Hizo ademán de abofetearlo, pero el agente de policía la agarró del brazo con delicadeza y la apartó unos pasos.

–Ey, ey, tranquila, señora –dijo el agente–. Cálmese.

Laprea se liberó el brazo con brusquedad, pero se calmó al ver la mirada compasiva del hombre. El agente Bradley Green había sido educado y amable desde el momento en que había llegado a su casa en respuesta a su llamada al 911. Así, era difícil enfadarse con él.

–Seguro que D’marco se siente fatal por esto –dijo Nick.

–¡Pues estaba muy bien cuando me soltó el puñetazo en la cara! –respondió mirándolo. En cierto modo, todo eso era culpa suya.

–Perdonadme –dijo Anna, situándose entre los dos–. ¿De qué os conocéis?

–Es el abogado de D’marco –respondió Laprea señalando a Nick.

Anna se giró hacia él, sorprendida.

–¿Representas al hombre que le ha pegado?

–Presuntamente –apuntó Nick–. Pertenezco a la Oficina del Abogado de Oficio y llevo dos años representando a D’marco Davis en diferentes asuntos. –Se giró hacia Laprea–. Lo siento muchísimo. Hablaré con él.

–¡No necesita hablar! –gritó Laprea–. ¡Lo que necesita es que lo encierren!

–Nick, creo que deberías salir de aquí –dijo Anna–. Ahora.

–Sí, lo siento. –Comenzó a salir de la habitación–. Me parece que tengo que pasar por la cárcel. Luego hablamos.

En cuanto Nick se marchó, la furia de Laprea se disipó, dejando solo dolor y agotamiento. Le palpitaban los ojos, le escocía la mejilla y le dolían los brazos. Se dejó caer en una silla. Ahora que no estaba gritando, el pecho le empezó a temblar y comenzó a respirar entrecortadamente. Llevaba sollozando toda la mañana y parecía que no podía parar. Apoyó la cabeza en sus manos y lloró haciendo el mínimo ruido posible. La avergonzaba estar ahí de ese modo: un despojo de mujer, sangrando y gimoteando, golpeada por un hombre que se suponía que la amaba. Todos en la sala debían de pensar que era una fracasada, y la vergüenza que sentía la hacía llorar más fuerte. Se preguntó dónde estaría su madre. Se sentía muy sola.

Se sorprendió al sentir a la fiscal rodeándola por los hombros. Anna se arrodilló y quedaron cara a cara.

–Tranquila –le dijo dándole una palmadita en la espalda–. Aquí está a salvo. Todo saldrá bien.

Agradecida por el consuelo, Laprea se apoyó en el hombro de la abogada, que no dejaba de abrazarla y susurrarle palabras tranquilizadoras. Esperaba no mancharle el traje de sangre.

Cuando finalmente se quedó sin lágrimas, levantó la cabeza y cogió otra servilleta que le ofreció la fiscal.

Anna Curtis parecía joven para ser abogada. Muy guapa, con una melena color miel y unos grandes ojos azules de expresión seria. Era alta y tenía una figura esbelta, como las de esos atletas de las cajas de cereales Wheaties. Pero era obvio que esa mujer no le daba mucha importancia a su aspecto. Llevaba el pelo recogido en una coleta alta, un sencillo traje pantalón negro y unos prácticos zapatos de tacón bajo. ¿Podía esa chica estar a la altura del abogado de D'marco?

—¿Ese abogado tiene algo que ver con todo esto? —preguntó Anna, que se sentó en la silla de su mesa, de cara a Laprea.

—No hace más que dejar libre a D'marco —respondió Laprea sonándose la nariz—. D'marco tiene que escarmantar.

La mujer sentada en la otra mesa levantó la mirada del ordenador.

—De todos modos, ¿qué hacía aquí Nick Wagner?

Laprea miró a Grace, la mujer que la había recibido cuando el agente Green y ella habían llegado. ¿También era abogada? Desentonaba en esa triste y pequeña habitación del sótano llena de muebles desparejados y de material de oficina viejo. La elegante mujer negra, con un traje de seda gris y un collar de perlas gigantescas, tenía la estructura ósea de la reina Nefertiti y el estilo de Oprah.

—¿Lo conoces? —le preguntó Anna.

—Claro. Siempre que una comisaría local necesita echar mano de un abogado apasionado, llaman a ese tipo. Siempre se está quejando de la corrupción policial por la emisora WTOP o denunciando algo en el *Boletín del Colegio de Abogados* del Distrito de Columbia. Se ha labrado un nombre él solito.

—No tenía ni idea. Fuimos a la misma facultad de Derecho y me he encontrado con él en la cafetería; es el que

me ha dado las servilletas. No sabía que fuera abogado defensor.

¿Que no lo sabía? ¿Pero cuánta experiencia tenía esa chica? Laprea deseó que la mujer negra llevara su caso, pero entendía cómo funcionaba el gobierno y no tenía elección. Además, no quería herir los sentimientos de la joven montando un numerito.

Anna se giró hacia Laprea.

–Bueno, dígame, ¿cuándo ha pasado?

Laprea intentó ponerle hora al frenesí de violencia de esa mañana. Los niños acababan de marcharse con Rose y ella se estaba vistiendo para ir a trabajar, así que debían de ser...

–Eran algo más de las siete de esta mañana, señora –respondió Green.

–Hace casi una hora. –Sorprendida, Anna miró al policía–. ¿Por qué no ha ido al hospital?

–La señora Johnson ha rechazado recibir asistencia médica, señora.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Si pedíamos una ambulancia, le cobraban a ella, y ese servicio cuesta cientos de dólares.

Al menos el policía comprendía cómo funcionaba el sistema. Parecía un chaval, con su pelo rubio claro muy corto y su rosada carita de niño, pero Laprea suponía que rondaría los treinta. Además era muy mono, aunque no le vendría mal dejar de darle a los Ben & Jerry's. Los botones de la camisa azul de uniforme le tiraban en la zona del estómago.

–De todos modos había dejado de sangrar antes de que la trajera aquí. Aunque se ha puesto a llorar otra vez y por eso le ha empezado a sangrar la nariz de nuevo.

–Tenemos una enfermera en los juzgados –dijo Anna–. Vamos arriba.

Laprea no necesitaba una enfermera; ya se echaría un poco de Neosporin en la mejilla al llegar a casa. En cuanto